

## Dos guerras en Nicaragua: 1978-1988

JUAN AVILÉS FARRÉ

El período de la guerra fría ha sido calificado como el de «la larga paz» y no sin justificación, ya que no ha habido durante el mismo un solo conflicto armado en el que se hayan enfrentado entre sí directamente las grandes potencias. Sin embargo en muchos países del mundo, muy especialmente del Tercer Mundo, la guerra ha sido en estas últimas décadas un fenómeno recurrente. Se ha calculado que de 1945 a 1989 ha habido 127 guerras, definidas como conflictos armados que provocan más de mil muertes anuales, con un balance total de 21.809.000 muertes debidas directa o indirectamente a ellas<sup>1</sup>. Según el mismo cálculo, siete de esas guerras, con un total de 271.000 muertes, es decir el 1,24 % del total mundial, han tenido lugar en los cinco países que tradicionalmente integran América central. Dado que la población del conjunto de estos países era en 1985 de 23 millones de habitantes, es decir, el 0,47 % del total mundial, resulta que las víctimas de la guerra en América central han sido en proporción dos veces y media más numerosas que la media mundial. El impacto de la guerra se ha concentrado además en el espacio y en el tiempo, de tal manera que la inmensa mayoría de las víctimas se han producido en sólo tres países, Guatemala, El Salvador y Nicaragua, y en los últimos años del período, a partir de 1978.

El caso centroamericano coincide con la pauta mundial en el predominio de las guerras civiles. De hecho la breve y tragicómica «guerra del fútbol» de 1969 entre Honduras y El Salvador ha sido la única guerra entre naciones que se ha producido en América central durante el período.

---

<sup>1</sup> SIVARD, R. L., *World military and social expenditures 1989*. Washington, World Priorities, 1989, pág. 22.

do. Coincide también en que la mayoría de los conflictos, aunque tienen su origen en factores en gran medida internos, han adquirido una dimensión internacional. Ello es cierto especialmente del conflicto nicaragüense, que en los años ochenta llegó a convertirse en un elemento importante en la dinámica de las relaciones Este-Oeste, al tiempo que calaba en la opinión pública mundial con una intensidad que sólo en muy pocos otros casos, como la guerra civil española o la de Vietnam, se ha dado.

En Nicaragua se produjo la segunda revolución marxista de América, la primera que tuvo lugar en el propio continente y, con bastante probabilidad, la última que vaya a producirse en cualquier parte del mundo. Ha sido uno de los pocos lugares, junto a Afganistan y Angola, en los que el gobierno norteamericano ha aplicado la doctrina, asociada al nombre de Reagan, de combatir a regímenes prosoviéticos mediante el apoyo a grupos guerrilleros. Por último Nicaragua ha experimentado el fin de una guerra civil mediante una salida negociada y la transición a la democracia mediante unas elecciones convocadas por el gobierno anterior pero ganadas por la oposición. Ello ha costado al país unas 60.000 muertes (35.000 en la insurrección antisomocista y 25.000 en la guerra de la contra, según la estimación antes citada, para una población de 3,2 millones en 1985) y una catástrofe económica.

El propósito de este artículo es el de analizar, a partir de la ya amplia bibliografía existente, la génesis de los dos conflictos armados que han tenido lugar en los últimos años en Nicaragua: la revolución antisomocista que tuvo su punto álgido en 1978-1979, y la contrarrevolución antisandinista que se desarrolló durante los años 1982 a 1988.

## 1. LA DINASTÍA SOMOZA

Entre todos los movimientos armados que el ejemplo cubano suscitó en América latina durante los últimos treinta años, el único que logró el triunfo fue el que contra la dictadura de Somoza encabezó el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN). Para comprender ese triunfo es necesario analizar el régimen de Somoza, la estrategia del FSLN y el contexto internacional de la revolución.

No se puede decir que la dinastía Somoza haya carecido de habilidad política. Durante 43 años tres miembros de una misma familia ejercieron ininterrumpidamente el poder efectivo, aunque no siempre la presidencia teórica, de Nicaragua. El fundador, Anastasio Somoza García, lo

ejerció desde el golpe de estado que dio en 1936 hasta su asesinato por un joven poeta revolucionario veinte años después; su hijo Luis Somoza Debayle desde 1956 hasta que en 1966 falleció de muerte natural, caso único en la dinastía; y su otro hijo Anastasio Somoza Debayle, desde esa fecha hasta el triunfo sandinista de 1979. La dictadura somocista guardó en cierta medida las formas democráticas, apoyándose en uno de los dos partidos tradicionales, el liberal, autorizando una inefectiva oposición encabezada por el otro, el conservador, y realizando periódicamente unas elecciones legislativas debidamente amañadas. La base de su poder eran las fuerzas armadas, es decir la Guardia Nacional, que los Somoza mantuvieron siempre bajo estrecho control. Junto a ello cultivaron siempre las relaciones con Washington y procuraron que los nicaragüenses los vieran como los agentes del poderoso vecino del Norte<sup>2</sup>. Los sandinistas, cuyo himno incluye una referencia al «yanqui, enemigo de la Humanidad», los tenían efectivamente por tales.

De hecho, en cierta medida, el primer Somoza había sido una criatura de Estados Unidos. Estos mantuvieron una presencia militar en Nicaragua e influyeron decisivamente en la política del país desde 1912, fecha en que llegaron los primeros «marines», enviados ostensiblemente para proteger las vidas y propiedades norteamericanas pero que sirvieron para ayudar al gobierno conservador frente a una rebelión liberal, hasta 1933. Un enviado del gobierno norteamericano, Henry L. Stimson, quien posteriormente sería secretario de Guerra durante el segundo conflicto mundial, logró poner fin a una guerra civil en 1927 tras un encuentro con el líder de los rebeldes liberales José María Moncada<sup>3</sup>. Uno de los comandantes liberales, Augusto Cesar Sandino, siguió sin embargo la lucha y la guerra de guerrillas que sostuvo hasta 1933 contra los marines le convirtió en un mito latinoamericano<sup>4</sup>. Deseosos de encontrar una solución que permitiera estabilizar a Nicaragua y poner fin a su propia intervención, los norteamericanos se esforzaron en lograr que liberales y conservadores dirimieran sus diferencias en el terreno electoral y en crear una fuerza armada profesional, situada al margen de las tradicionales

---

<sup>2</sup> Hay dos detallados estudios de la dinastía Somoza: DIEDERICH, Bernard, *Somoza and the legacy of U.S. involvement in Central America*. Nueva York, Dutton, 1981. MILLETT, Richard, *Guardians of the Dynasty*. Nueva York, Maryknoll, 1977.

<sup>3</sup> Una versión muy documentada de la intervención norteamericana, hostil hacia la política de Washington, se halla en: BERMANN, Karl, *Under the big stick: Nicaragua and the United States since 1848*. Boston, South End Press, 1986, págs. 122-217.

<sup>4</sup> VAYSSIERE, Pierre, *Auguste César Sandino ou l'envers d'un mythe*. Paris, CNRS, 1988, 269 págs.

disputas. Surgió así, entrenada por oficiales norteamericanos, la Guardia Nacional, cuyo primer jefe nicaragüense fue Anastasio Somoza.

En 1933, tras la investidura del victorioso candidato liberal a la presidencia, Juan Sacasa, las tropas norteamericanas se retiraron y Sandino, cuya lucha había tenido un carácter nacionalista, depuso las armas. Somoza le hizo asesinar poco después y en 1936 derribó a Sacasa. Para entonces el gobierno de Roosevelt había optado por una política de no intervención en los asuntos de Nicaragua y nada hizo por apoyar ni por obstaculizar a Somoza. Tras veinte años de implicación norteamericana no es sorprendente que esa no intervención fuera interpretada por muchos como una aceptación al menos tácita. Somoza por su parte demostró su lealtad hacia Estados Unidos declarando la guerra a Japón dos días después de Pearl Harbour. Aunque en la postguerra mundial los vientos favorables a la democracia no favorecieron las relaciones del dictador con Washington, la guerra fría demostró de nuevo su utilidad y el territorio nicaragüense fue usado por la CIA para entrenar a los rebeldes que en 1954 derribaron al presidente izquierdista Arbenz de Guatemala<sup>5</sup>. Durante largos años Washington estuvo representado en Managua por unos embajadores que en ocasiones más parecían los agentes de Somoza ante el gobierno norteamericano, una inversión de la función diplomática que no resulta del todo infrecuente<sup>6</sup>.

En varios aspectos el propio éxito de la familia Somoza preparó el terreno al FSLN. En un sentido amplio el desarrollo económico de Nicaragua, que durante los años sesenta y setenta fue importante, puede considerarse un factor en la génesis de la revolución, si se admite la conocida tesis de que ésta no suele ser un producto de una sociedad estancada sino por el contrario resultado de las tensiones provocadas por el inicio de la modernización, muy especialmente en los casos en que los cambios económicos y sociales van acompañados por un inmovilismo del régimen político<sup>7</sup>. En efecto, el crecimiento del producto nacional alcanzó la muy satisfactoria media del 7,2 % anual en los sesenta

<sup>5</sup> BERMANN, *op. cit.*, pág. 241. PASTOR, Robert A., *Condemned to repetition: the United States and Nicaragua*. Princeton University Press, 1987, págs. 30-31.

<sup>6</sup> Un diplomático español alude en sus memorias a los embajadores norteamericanos que «llegaban como procónsules, permanecían como amigos y acababan como subordinados» de Somoza: ARISTEGUI, Pedro de, *Misión en Managua*. Madrid, Ediciones B, 1989, pág. 42.

<sup>7</sup> WIARDA, Howard J., «The Soviet Union, the Caribbean, and Central America: towards a new correlation of forces», en KOŁODZIEG, E. y KANET, R. E. (edits.), *The limits of Soviet power in the developing world*. Basingstoke, Macmillan, 1989, págs. 96-99.

y 5,8 % de 1970 a 1978 <sup>8</sup>. En un sentido más concreto la habilidad de los Somoza en el control de la Guardia Nacional contribuyó a prolongar su permanencia en el poder pero obstaculizó una salida no revolucionaria, ya que dificultó la solución, relativamente frecuente en otros países, de que las fuerzas armadas derribaran o permitieran caer a un dictador impopular al tiempo que mantenían su propia influencia. El éxito de los negocios familiares, al que el último de los Somozas era particularmente sensible, contribuyó a enajenar a unos empresarios que veían como el dictador no sólo monopolizaba el poder político sino que trataba de acaparar, por sí o mediante colaboradores, las actividades más lucrativas. Es obvio, en fin, que el modo en que Somoza se aferró en los últimos meses al poder, a pesar de las presiones norteamericanas, fue un factor que jugó en favor de los sandinistas.

## 2. LA REVOLUCIÓN SANDINISTA <sup>9</sup>

Para comprender al FSLN se debe tener presente que sus fundadores partieron de Lenin para llegar a Sandino y no viceversa. El propio Sandino, a diferencia de su contemporáneo y por un tiempo colaborador, el salvadoreño Farabundo Martí, se mantuvo ajeno a las corrientes marxistas. Sus ideas políticas se basaban en un patriotismo profundo, un marcadísimo resentimiento hacia la intervención norteamericana en su país, un sentimiento de solidaridad latinoamericana, un apego a la tradición del Partido liberal y una sensibilidad a las cuestiones sociales que sin embargo no le llevó a propugnar la lucha de clases <sup>10</sup>. Dado que no fue un pensador sistemático, sus textos son susceptibles de distintas lecturas, incluida la del FSLN, que le ha convertido en el precursor de la revolución social.

Esa reinterpretación de Sandino fue obra de unos jóvenes que, bajo el estímulo de la revolución cubana, rompieron a finales de los cincuenta con el prosoviético Partido Socialista Nicaragüense (PSN). Este último se había fundado en 1944, es decir en el momento en que, en aras de la

---

<sup>8</sup> BANCO MUNDIAL, *Informe sobre el desarrollo mundial 1980*. Washington.

<sup>9</sup> Los principales estudios son: BOOTH, John, *The end and the beginning*, Boulder 1982. BLACK, George, *Triumph of the people*, Londres 1981.

<sup>10</sup> VAYSSIERE, Pierre, «Sandino et la politique» en VAYSSIERE (edit.), *Nicaragua: les contradictions du sandinisme*. París, CNRS, 1985, págs. 5-48.

alianza contra Hitler, Stalin había disuelto la Internacional Comunista e impulsaba a los partidos comunistas nacionales a colaborar con los gobiernos antifascistas (como el de Somoza, que estaba en guerra con Alemania) y a poner sordina a su propia identidad (como se observa en la denominación que el partido nicaragüense adoptó). A la altura de los años cincuenta las moderadas tácticas del PSN resultaban decepcionantes para algunos de sus miembros más jóvenes, como Carlos Fonseca, un ferviente admirador de la Unión Soviética, y sus amigos Tomás Borge y Silvio Mayorga. Ellos tres fundaron en 1961 una organización guerrillera denominada Frente de Liberación Nacional, que al año siguiente incluyó en su denominación el término sandinista. En el curso de los años sesenta el FSLN fracasó sangrientamente en dos intentos de crear un foco guerrillero y a fines de la década había sido casi destruido <sup>11</sup>.

Fonseca comprendió que la figura de Sandino, que para los comunistas ortodoxos del PSN no era más que un pequeño burgués, tenía un enorme atractivo para todos los nicaragüenses que, independientemente de sus ideas, fueran contrarios a la dictadura somozista. El ferviente nacionalismo y la inquebrantable hostilidad de Sandino a la intervención norteamericana encajaban además en la concepción leninista acerca del significado revolucionario del anti-imperialismo. La adopción de Sandino como símbolo resultaría enormemente beneficiosa para el FSLN. En vez de una ideología foránea los sandinistas ofrecían a Nicaragua un mito nacional. Ante sus aliados moderados y ante los gobiernos extranjeros podrían presentarse no como comunistas sino como nacionalistas cuyos objetivos eran proceder a una redistribución de la riqueza en favor de las masas desposeídas y liberar a su país de la pesada tutela de los Estados Unidos, algo susceptible de despertar amplias simpatías debido a la extendida reticencia latinoamericana, e incluso europea, hacia la primera potencia mundial.

En realidad, el FSLN es marxista-leninista en dos aspectos cruciales: la concepción de la lucha de clases y la del partido de vanguardia. Por lo demás ha demostrado una notable flexibilidad táctica y un escaso interés por los aspectos teóricos del marxismo ortodoxo. Alcanzado ya el poder, Bayardo Arce, miembro del Directorio Nacional del FSLN, ha afirmado que el sandinismo es la aplicación del marxismo-leninismo a la realidad nicaragüense y al mismo tiempo ha revelado el principal motivo

---

<sup>11</sup> VALENTA, J. y V., «The FSLN in power» en VALENTA, J. y DURAN, E. (edit.), *Conflict in Nicaragua*. Boston, Allen and Unwin, 1987, págs. 6-13. GILBERT, Dennis, *Sandinistas*. Cambridge Mass., Basil Blackwell, 1988, págs. 4-9 y 19-40.

por el que los sandinistas victoriosos han tendido a evitar tales definiciones, al añadir que desafortunadamente la gente tiende a pensar en el Kremlin en cuanto oye marxismo<sup>12</sup>. Pero más allá de tales tapujos verbales, la cuestión esencial es que los sandinistas fueron capaces de combinar el objetivo estratégico de concentrar todo el poder en sus manos con una amplitud en las alianzas tácticas que fue un factor decisivo de su victoria.

Ello fue en buena medida obra de los «terceristas», así llamados por constituir la tercera de las facciones en que el FSLN se subdividió en los años setenta. Frente a los partidarios de la «guerra popular prolongada», auspiciada por Fonseca y Borge, que abogaban por una guerrilla de base rural que poco a poco extendiera su área de acción al estilo chino o vietnamita, y a la «tendencia proletaria» que primaba el trabajo de propaganda entre la clase obrera urbana, los terceristas o «tendencia insurreccional», dirigidos por Humberto Ortega y su hermano Daniel, creían en la posibilidad de desencadenar una rápida insurrección en que participaran amplias masas populares, especialmente en las ciudades. La muerte de Fonseca en combate y la detención de Borge en el curso de la eficaz represión que siguió a la reactivación del sandinismo en 1974, permitieron a los terceristas hacerse con el control del FSLN. Ellos fueron los inspiradores de la plataforma general político-militar del FSLN, aprobada en 1977.

Este documento<sup>13</sup> definía la causa del FSLN como la de «la liberación nacional, la democracia y el socialismo» y la de «Marx, Engels, Lenin y Sandino» y postulaba una revolución en dos fases. En la primera de ellas no sería posible el establecimiento del socialismo, debido al atraso económico de Nicaragua y a factores estratégicos y tácticos de carácter nacional e internacional, pero era necesario que las fuerzas sandinistas conquistaran el poder político real y establecieran no una «democracia burguesa» sino «un gobierno revolucionario popular-democrático». Para derribar a Somoza y establecer dicho gobierno, la plataforma apelaba a la participación de los más diversos sectores sociales, incluidos los pequeños y medianos propietarios, los profesionales y los sectores patrióticos y progresistas de la clase media y alta, pero los elementos básicos de la revolución serían los jornaleros, campesinos, estudiantes e intelectuales revolucionarios y el liderazgo correría a cargo de la clase obrera, guiada por «la vanguardia sandinista, el FSLN». Dicho de otra

---

<sup>12</sup> GILBERT, *op. cit.*, pág. 23.

<sup>13</sup> Se reproduce íntegro, en versión inglesa, en VALENTA y DURAN, *op. cit.*, págs. 287-318.

manera, los sandinistas no rechazaban la colaboración de nadie en la lucha contra Somoza, pero no estaban dispuestos a compartir con nadie el poder real tras el triunfo de la revolución. Respecto al carácter del FSLN como vanguardia de la clase obrera, debe entenderse en un sentido leninista, no como un análisis sociológico de la composición del Frente, a cuyas filas se incorporaron jóvenes retoños de la mejor sociedad, especialmente de las viejas familias de Granada, vinculadas al Partido conservador y que nunca habían aceptado de buen grado a los Somoza.

El FSLN se estructuró de acuerdo con el más rígido «centralismo democrático» leninista, pues desde que en marzo de 1979 sus tres tendencias se reunificaron, en un acuerdo para el que medió Fidel Castro, una Dirección Nacional de nueve hombres, tres por cada tendencia, ha ejercido el control, sin que se celebrara un solo congreso del partido hasta después de perdido el poder (julio de 1991). El poder militar, es decir las fuerzas guerrilleras y el Ejército Popular Sandinista (EPS) en que se transformaron tras la victoria, ha estado siempre bajo estrecho control de la Dirección Nacional del FSLN. Al mismo tiempo, los sandinistas han buscado fórmulas de encuentro con sectores moderados. Un instrumento fundamental para ello fue inicialmente el Grupo de los Doce, formado en 1977 e integrado por empresarios, abogados y sacerdotes, bien relacionados y aparentemente independientes, pero entre los que se incluían varios miembros secretos o simpatizantes del FSLN, por cuya participación en cualquier solución al problema nacional abogaron en su primer manifiesto, dándole así una nueva respetabilidad a ojos de la oposición moderada. Promotor del grupo fue el escritor Sergio Ramírez, que estaba en contacto con los terceristas y sería años después vicepresidente con Daniel Ortega, pero en él figuraba también Arturo Cruz, funcionario entonces en Washington del Banco Interamericano de Desarrollo y futuro líder contrarrevolucionario <sup>14</sup>.

Este último dato es revelador de cómo la revolución sandinista triunfó con el apoyo de gentes cuya ideología estaba muy lejos del leninismo del FSLN. Poco habrían podido hacer los guerrilleros si la población de los barrios populares de muchas ciudades no se hubiera sumado masivamente a la lucha contra la Guardia Nacional y si la propia clase media no hubiera roto abiertamente con el régimen en sus últimos años. El proceso de deterioro del somocismo se inició con el terremoto que asoló Managua en 1972, que no sólo produjo un fuerte deterioro de la economía, sino que reveló la profunda corrupción del régimen cuyos dignatarios

---

<sup>14</sup> PASTOR, R., *op. cit.*, pág. 58.

se enriquecieron con la canalización de la ayuda internacional y con la especulación inmobiliaria a que dieron lugar los proyectos de reconstrucción de las áreas urbanas devastadas. A partir de entonces la oposición a Somoza se incrementó en todos los sectores. Las protestas de los trabajadores se hicieron más difíciles de controlar. El Consejo Superior de la Empresa Privada (COSEP) se convirtió en un tenaz crítico del régimen, al igual que la Iglesia católica, en la que se hacían sentir los nuevos aires traídos por el Concilio Vaticano II y la teología de la liberación. En 1974 se formó un amplio frente opositor, la Unión Democrática de Liberación (UDEL), que incluía desde conservadores hasta sindicalistas, bajo el liderazgo del influyente director del diario *La Prensa* y miembro de una de las más importantes familias del país, Pedro Joaquín Chamorro. El FSLN reactivó sus operaciones guerrilleras a partir de ese mismo año 1974 <sup>15</sup>.

El acontecimiento que propició la insurrección final contra el régimen fue el asesinato, en enero de 1978, de Pedro Joaquín Chamorro, un crimen del que el propio Somoza era probablemente inocente y que cabe achacar a los responsables de alguno de los negocios corruptos que *La Prensa* denunciaba. Pocos días después la UDEL convocó una huelga general que tuvo amplio apoyo, incluso por parte de los empresarios, pero la dinámica que se generó a partir de entonces escapó muy pronto de las manos de la oposición moderada. En los barrios populares de distintas ciudades surgieron disturbios que en algunos casos alcanzaron un cariz insurreccional, al tiempo que la Guardia Nacional abandonaba la relativa moderación que había mostrado en las áreas urbanas para recurrir a actos de represión indiscriminada. Ese era el ambiente más adecuado para la actuación del FSLN, que en agosto de ese año logró un gran éxito propagandístico con la ocupación del Palacio Nacional, dirigida por el comandante Edén Pastora, y en septiembre lanzó una ofensiva general en cinco ciudades que, si bien fracasó, supuso el comienzo de la auténtica guerra civil <sup>16</sup>.

Junto a estos factores internos hubo otros internacionales que jugaron un papel decisivo: el apoyo de varios gobiernos latinoamericanos a los sandinistas, la falta de respaldo internacional a Somoza y la escasa eficacia del gobierno norteamericano en sus intentos de favorecer una solución moderada. La política latinoamericana del presidente Carter se basaba en la no intervención en los asuntos internos, en el fomento de

---

<sup>15</sup> PASTOR, R., *op. cit.*, págs. 36-40. GILBERT, *op. cit.*, págs. 6-7.

<sup>16</sup> PASTOR, R., *op. cit.*, págs. 59-60 y 71-73. ARISTEGUI, P., *op. cit.*, págs. 89-115. La versión de varios militantes sandinistas acerca de la etapa final de su lucha contra Somoza, en los años 1977-1979, se halla en: ARIAS, Pilar, *Nicaragua: revolución*, págs. 128-209.

los derechos humanos y en un enfoque multilateral que primaba las consultas con los líderes del continente. El primer signo de distanciamiento respecto a Somoza se produjo en junio de 1977 con el anuncio de que la ayuda militar a Nicaragua quedaba condicionada a una mejora de la situación de los derechos humanos. Un año después, ante la perspectiva de que la caída de Somoza diera paso a un régimen sandinista, el gobierno norteamericano optó por favorecer la negociación entre la dictadura y la oposición moderada, agrupada en un Frente Amplio Opositor (FAO) en el que los sandinistas estaban indirectamente representados a través del grupo de los Doce. A este fin un equipo mediador, integrado por delegados de Estados Unidos, la República Dominicana y Panamá llegó a Managua en octubre de 1978. Tras el fracaso de las negociaciones, el gobierno norteamericano anunció en febrero de 1979 la imposición de sanciones al régimen de Somoza, pero en los meses siguientes no logró sacar adelante sus planes, en los que jugaba un papel importante la pervivencia de la Guardia Nacional, que habría evitado el monopolio del poder militar por los sandinistas. Carter descartó una intervención unilateral y no obtuvo apoyo latinoamericano para una intervención pacificadora de la OEA. Tampoco tuvieron éxito los esfuerzos norteamericanos para potenciar a la oposición moderada, parte de la cual optó por unirse a los sandinistas en una Junta de Reconstrucción Nacional, constituida en junio de 1979 y entre cuyos cinco miembros se encontraban Violeta Barrios de Chamorro, viuda del asesinado director de *La Prensa*, y Alfonso Robelo, presidente del COSEP y organizador de la huelga general de enero de 1978<sup>17</sup>.

El perfil relativamente bajo adoptado por el gobierno Carter permitió que jugaran un importante papel varios gobernantes latinoamericanos como el presidente socialdemócrata de Venezuela, Carlos Andrés Pérez, y el hombre fuerte de Panamá, el general Torrijos, que se situaba también en la izquierda moderada. Ello se tradujo en que el FSLN recibió una eficaz ayuda, especialmente en forma de suministros de armas, no sólo de Cuba sino de los gobiernos de Venezuela, Panamá y Costa Rica. La explicación de ello hay que buscarla en la hostilidad hacia Somoza de la izquierda moderada latinoamericana. La derrota electoral de los socialdemócratas venezolanos en diciembre de 1978 puso fin a la intervención

---

<sup>17</sup> PASTOR, R., *op cit.*, págs. 49-187. Pastor era entonces Director de asuntos latinoamericanos y caribeños del Consejo Nacional de Seguridad. La política nicaragüense del gobierno Carter ha sido también descrita por el entonces Director de planificación política del Departamento de Estado: LAKE, Anthony, *Somoza falling*. Boston, Houghton Mifflin, 1989, 317 págs.

de Carlos Andrés Pérez, pero Torrijos y el presidente costarricense, el también socialdemócrata Rodrigo Carazo, mantuvieron su ayuda a los sandinistas hasta el fin. La imagen relativamente moderada que éstos daban les favoreció, lo mismo que el hecho de que el comandante de las fuerzas sandinistas que operaban desde Costa Rica fuera Edén Pastora, un revolucionario ajeno al marxismo que había sido captado por los terceristas. En opinión del entonces embajador español en Nicaragua, Pedro de Aristegui, Torrijos probablemente creía que los terceristas no eran leninistas y que tras su triunfo podría influirles, pero no parece que Carazo se engañara de esa manera. A pesar de ello, Costa Rica prestó un apoyo logístico a los sandinistas que resultó particularmente importante por su condición de país fronterizo con Nicaragua. En contraste la Guardia Nacional tuvo en la etapa final de la guerra una importante carencia de suministros <sup>18</sup>.

### 3. EL RÉGIMEN SANDINISTA

El régimen instaurado por el FSLN ha sido objeto de valoraciones encontradas. El novelista Salman Rushdie, tras un viaje a Nicaragua en 1986, concluyó que los sandinistas habían llegado al poder a través de las urnas (se refería a las elecciones de 1984) y que, aunque algunos de ellos fueran probablemente comunistas: «Si Nicaragua es un estado al estilo soviético, yo soy obispo» <sup>19</sup>. En cambio para el jurista alemán Martin Kriele, que había visitado el país un año antes, el que se pudiera incluir a Nicaragua entre los regímenes marxistas-leninistas dependía de la amplitud que se quisiera dar a este concepto pero era indudable que se trataba de «un totalitarismo con peculiaridades nacionales» <sup>20</sup>.

Tales divergencias en parte derivan de las respectivas visiones del mundo de los centenares de autores que han expresado puntos de vista contradictorios acerca de Nicaragua, pero también del hecho de que, a

---

<sup>18</sup> PASTOR, *op. cit.*, *passim*. ARISTEGUI, P., *op. cit.*, pág. 117-120. BERREBY, G. y E. J., *Edén Pastora, Commandant Zéro: le héros trahi de la révolution au Nicaragua*. París, Lafont, 1987, 290 págs.

<sup>19</sup> RUSHDIE, Salman, *La sonrisa del jaguar: un viaje a Nicaragua*. Madrid, Alfaguara, 1987, pág. 158.

<sup>20</sup> KRIELE, Martin: *Nicaragua: corazón herido de América*. Bonn, Konrad Adenauer Stiftung, 1986, pág. 79. Una descripción favorable al régimen es: MOLERO, María, *Nicaragua sandinista*, IEPALA, Madrid, 1988. El estudio más profundo y ponderado quizá sea el de GILBERT, *op. cit.*

diferencia de los demás estados marxistas, la «primera fase» de la revolución no fue breve, sino que abarcó de hecho toda la vida del régimen, que no llegó a eliminar del todo ni la economía privada ni el pluralismo político. Si la presión norteamericana y la actividad de la contra frenaron la marcha hacia la dictadura o por el contrario la acentuaron, es una cuestión que ha sido también objeto de encendido debate. La mera cronología de los acontecimientos arroja sin embargo luz en un aspecto esencial: la construcción de un estado en que el partido dominante controlara todos los resortes del poder se inició cuando el gobierno Carter se mostraba todavía dispuesto a conceder ayuda económica y no había asomo de amenaza contrarrevolucionaria.

El 20 de julio de 1979 se hizo cargo del poder en Managua un gobierno de reconstrucción nacional presidido por una Junta que integraban dos sandinistas, Daniel Ortega y Moisés Hassán, dos moderados, Violeta Chamorro y Alfonso Robelo, y el miembro del Grupo de los Doce Sergio Ramírez. Dos meses después se celebró una asamblea sandinista cuyas conclusiones fueron resumidas por la dirección Nacional del FSLN en el llamado «documento de las 72 horas», que fue ampliamente difundido entre los militantes. En él se afirmaba que el triunfo revolucionario y la destrucción de la Guardia Nacional habían supuesto «desbaratar el sostén militar del sistema de dominación burgués, con ayuda de la propia burguesía». Tras ello el gobierno de reconstrucción nacional, que era resultado de una alianza con las capas democráticas de la burguesía «pero principalmente la alternativa política organizada por el sandinismo para neutralizar el intervencionismo yanqui», no respondía ya a la situación. Esto equivalía a decir que los aliados moderados que habían servido para enmascarar el carácter de la revolución no eran ya necesarios. Las perspectivas que el documento apuntaba respecto a los distintos partidos no eran muy halagüeñas. Entre los de izquierda había que estimular a los que estuvieran dispuestos a «trabajar estrechamente unidos bajo la conducción del FSLN» y en cambio tratar como «enemigos de la Revolución» a los que representaran un peligro, como era el caso de los trotskistas. Había que atraerse también a las organizaciones pequeño-burguesas y a los sectores democráticos de la burguesía que aceptarían trabajar en el marco establecido, pero a «la burguesía vendepatria» había que golpearla «a través de sus elementos más representativos». En el terreno económico los objetivos eran acabar con la influencia del «imperialismo» y hacer del sector estatal el eje de la economía <sup>21</sup>.

<sup>21</sup> El «Análisis de la coyuntura y tareas de la Revolución Popular Sandinista» o «documento de las 72 horas» se halla reproducido en: SANABRIA, O y E., *Nicaragua: diagnóstico de una traición*. Barcelona, Plaza y Janés, 1986, págs. 215-248.

Medio año después los objetivos hegemónicos del FSLN se manifestaron con claridad a propósito del Consejo de Estado, al proponer los sandinistas que el número de miembros del mismo inicialmente previsto se ampliara para dar entrada a las organizaciones de masas controladas por ellos, lo que les daría la mayoría absoluta. Esto provocó, en abril de 1980, la dimisión de Violeta Chamorro y Alfonso Robelo. Este último planteó públicamente el tema y exigió además que se fijara una fecha para las elecciones. La organización empresarial COSEP, que se había convertido en el centro de la oposición, anunció su propósito de no ocupar sus escaños en el Consejo de Estado, pero ello fue evitado por mediación de los Estados Unidos, cuyo gobierno, presidido todavía por Carter, lejos de una hostilidad sistemática el régimen sandinista, prefería apoyar todos los elementos de pluralismo que en el mismo había. La mediación del embajador norteamericano contribuyó también a que dos moderados, Arturo Cruz y Rafael Córdova, se incorporaran a la Junta, tras haber prometido los sandinistas el próximo anuncio de una fecha para las elecciones.

Esta cuestión quedó finalmente zanjada por el ministro de Defensa Humberto Ortega en un discurso pronunciado el 23 de agosto, en el que calificó la demanda de elecciones como parte de una conspiración contrarrevolucionaria internacional, anunció que el proceso electoral no comenzaría hasta 1984 y explicó que no se trataría de una lucha por el poder, ya que este lo tenía el pueblo a través del FSLN. Por aquel entonces ya habían comenzado a actuar las que el ministro del Interior Tomás Borge calificaría de «turbas divinas»: los contramanifestantes sandinistas que se empleaban contra los actos de la oposición. Más grave que eso era la indefinición de las fronteras entre partido y Estado, en virtud de la cual, entre otras cosas, el Ejército Popular Sandinista dependía directamente del FSLN <sup>22</sup>.

En enero de 1981 el presidente Carter, en la postrera etapa de su mandato, suspendió la ayuda a Nicaragua, debido al apoyo prestado por el régimen sandinista a la guerrilla salvadoreña. Nicaragua se había convertido, al menos desde octubre de 1980, en la vía de tránsito para el envío clandestino de armas del bloque soviético, incluidos numerosos fusiles norteamericanos capturados en Vietnam, al Frente Fabundo Martí de Liberación Nacional (FMLN). En El Salvador el último dictador, el ge-

---

<sup>22</sup> PAYNE, D. W., *The democratic mask: the consolidation of the Sandinista Revolution*. Nueva York, Freedom House, 1985, págs. 23-30. Acerca de la violación de los derechos humanos por el régimen: KRIELE, *op. cit.*, págs. 58-75.

neral Romero, fue derribado por un grupo de militares reformistas que constituyeron una junta a la que se incorporó la oposición moderada. En apariencia había triunfado la fórmula que el gobierno Carter había tratado de propiciar sin éxito en Nicaragua, pero la situación se deterioró rápidamente debido a la desaveniencia entre los elementos civiles de la Junta y el Ejército, a la dura actuación represiva de éste, a la impaciencia de las organizaciones populares, a la feroz campaña de asesinatos desarrollada por las organizaciones paramilitares de la extrema derecha (cuyo crimen más resonante fue el que tuvo por víctima al arzobispo Romero en marzo de 1980) y a las acciones de la guerrilla revolucionaria. Esta última se unificó en octubre de 1980, con mediación cubana, en el FMLN, que comenzó los preparativos para una ofensiva general contra una Junta que había pasado a estar encabezada por el democristiano José Napoleón Duarte. El apoyo sandinista a esta ofensiva, que fracasó en enero de 1981, pareció confirmar los temores de que Nicaragua se convirtiera en una base para las revoluciones en los países vecinos <sup>23</sup>.

En 1983, cuando el apoyo norteamericano a la contrarrevolución armada nicaragüense era ya un hecho, el comandante Borge, en una entrevista concedida a *Playboy*, calificó de única profecía histórica de Reagan «absolutamente cierta» la «teoría del dominó» según la cual la revolución triunfante en Nicaragua se exportaría primera a El Salvador, luego a Guatemala, luego a Honduras y luego a México <sup>24</sup>. De hecho hay indicios de que a partir de 1981 los sandinistas apoyaron a grupos guerrilleros de Honduras e incluso estuvieron implicados en esporádicos actos de terrorismo en Costa Rica <sup>25</sup>. Esto puede también ser interpretado como una represalia por la impunidad con que los contras nicaraguenses se movían por ambos países, pero debe recordarse que el gobierno costarricense de Luis Alberto Monge nunca prestó a la contra un apoyo tan grande como el que su predecesor y correligionario Rodrigo Carazo había prestado a los sandinistas y que además el principal dirigente guerrillero que en uno y otro caso operó desde territorio costarricense fue el mismo: Edén Pastora.

El legendario Comandante Cero, tras haber trabajado en el ministerio del Interior a las órdenes de Borge y en el de Defensa a las de Humberto Ortega, huyó de Nicaragua en julio de 1981. Su defección fue sintomática del desencanto de muchos «compañeros de viaje» del sandinismo. En

<sup>23</sup> El apoyo sandinista al FMLN está ampliamente documentado en: TURNER, R. F., *Nicaragua v. United States*. Washington, Pergamon-Brassey's, 1987, págs. 46-97.

<sup>24</sup> Citado en TURNER, R. F., *op. cit.*, pág. 88.

<sup>25</sup> TURNER, R. F., *op. cit.*, págs. 98-101 y 104-108.

varios campos la revolución parecía encaminarse hacia el modelo cubano. Las trabas al sector privado de la economía se incrementaron, lo que agravó las dificultades económicas<sup>26</sup>. De 1980 a 1988 el PNB per capita de Nicaragua se redujo a una tasa media del 4,7 % anual, un resultado peor que el de cualquier otra de las naciones centroamericanas, de las que sólo Costa Rica tuvo una tasa positiva<sup>27</sup>.

Paralelamente los Comités de Defensa Sandinista (CDS), calcados de los Comités de Defensa de la Revolución cubanos, implantaron un sistema capilar de control social que, a pesar de ciertos aspectos positivos, provocó un rechazo en bastante gente<sup>28</sup>. Particular importancia tuvo el deterioro relaciones con la Iglesia católica y con su líder el arzobispo Obando, que había adoptado una posición rotunda en defensa de los derechos humanos en los últimos tiempos de Somoza y contribuido indirectamente a la caída de éste. Cierta sector del catolicismo, la denominada «iglesia popular» inspirada por la más radical teología de la liberación, se identificó plenamente con el sandinismo, lo que llevó a los sacerdotes Ernesto Cardenal y Miguel d'Escoto a incorporar al gobierno, pero todo parece indicar que la masa del pueblo católico estaba más cerca de las posiciones más tradicionales de Obando, a quien inquietaba la deriva marxista del régimen<sup>29</sup>. Pero el caso en que la política sandinista provocó más directamente una rebelión popular fue el de los indígenas de la costa atlántica, los misquitos, que tradicionalmente habían vivido aislados respecto a los nicaragüenses de la costa del Pacífico y que reaccionaron negativamente a los intentos de modificar su estructura social tradicional, en la que la religión protestante, en concreto la Iglesia Morava (heredera de los husitas del siglo xv), jugaba un gran papel. A fines de 1981 un sector de los misquitos había recurrido a la lucha armada, con base en la vecina Honduras, a lo que el gobierno nicaragüen-

---

<sup>26</sup> GILBERT, *op. cit.*, págs. 81-127. SPALDING, R. J. (edit.), *La economía política de la Nicaragua revolucionaria*, FCE, México, 1989. Acerca del impacto de la presión norteamericana sobre la economía nicaragüense: CONROY, M. I., «Economic aggression as an instrument of low intensity warfare» en WALKER, T. W. (ed.), *Reagan versus the sandinistas*. Boulder, Westview Press, 1987, págs. 57-59.

<sup>27</sup> *The World Bank Atlas 1989*. Washington, págs. 6-9.

<sup>28</sup> GILBERT, D., *op. cit.*, págs. 64-78.

<sup>29</sup> Un ponderado tratamiento del tema se encuentra en: GILBERT, D., *op. cit.*, págs. 128-152. Para una crítica de la política religiosa sandinista: KRIELE, M., *op. cit.*, págs. 105-123, y SANABRIA, O. y E., *op. cit.*, págs. 100-111. El punto de vista contrario en: COHN, B. y HYND, P., «The manipulation of the religion issue», en WALKER, T. W., *op. cit.*, págs. 97-122.

se replicó con la deportación hacia un nuevo asentamiento de miles de indígenas de la región fronteriza <sup>30</sup>.

Esta evolución interna del régimen fue acompañada de una creciente vinculación con el bloque soviético. Todo parece indicar que la victoria sandinista representó una sorpresa para los dirigentes de la Unión Soviética que, a diferencia de Cuba, no contribuyó a ella. Fue sólo a mediados de 1981 cuando comenzó el apoyo del Kremlin al régimen sandinista, que nunca iba a alcanzar la enorme dimensión del prestado a Cuba. Entre 1979 y 1985 la ayuda soviética a Nicaragua fue de unos 300 o 400 millones de dólares, a los que hay que sumar otros 650 o 700 aportados por Alemania oriental, Bulgaria, Cuba y Libia, mientras que las ayudas occidentales más importantes fueron las de México con 500 millones y España con 65, más que suficientes para compensar los 370 millones a que según una estimación <sup>31</sup> ascendía el daño económico directo causado por las campañas de la contra hasta 1984, pero muy por debajo de lo que hubiera sido necesario para compensar el tremendo deterioro de la economía nicaragüense. Ocurría que ni en el terreno económico podía la URSS cargar con el peso de sostener nuevos regimenes revolucionarios ni en el terreno militar parecía prudente desafiar a los Estados Unidos en un área tan sensible para ellos. Ello se tradujo en que apenas unas decenas de asesores militares soviéticos llegaron a Nicaragua y en que se respetó el veto norteamericano respecto al envío de aviones Mig, aunque sí se suministraron medio centenar de helicópteros. En cambio la presencia cubana ha sido mucho más importante, con el envío de hasta tres mil asesores militares. Ello por supuesto plantea el irresuelto problema de si en los primeros años ochenta los cubanos estaban actuando en Nicaragua y en otros lugares como ejecutores de un política diseñada de común acuerdo con Moscú o si por el contrario estaban tomando iniciativas propias más audaces de lo que los dirigentes soviéticos hubieran deseado <sup>32</sup>.

<sup>30</sup> DISKIN, M., «The manipulation of indigenous struggles», en WALKER, T. W., *op. cit.*, págs. 80-96. KRIELE, *op. cit.*, págs. 82-97. Instituto Català d'Antropologia, *Los miskitos*, IEPALA, Madrid, 1986.

<sup>31</sup> Citada en DUNKERLEY, J., *Power in the isthmus*, Londres, Verso, 1988, pág. 311.

<sup>32</sup> WIARDA, H. J., *op. cit.*, págs. 104-109, MacFARLANE, S. N., «The USSR and crisis in the Caribbean Basin» en CAMPBELL, K. M. y MacFARLANE, S. N. (edits.), *Gorbachev's Third World dilemmas*. Londres, Routledge, 1989, págs. 190-194. MILLER, N., *Soviet relations with Latin America, 1959-1987*. Cambridge University Press, 1989, págs. 195-216.

#### 4. LA GUERRA DE LA CONTRA

Las primeras acciones armadas de los que pronto iban a ser conocidos internacionalmente como los «contras» (contrarrevolucionarios) tuvieron lugar en la zona fronteriza con Honduras a finales de 1981 y el sabotaje de dos puentes vitales el 14 de marzo de 1982 constituyó su primera acción relevante. Ocho años después, el 27 de junio de 1990, cuando los sandinistas habían traspasado ya a Violeta Chamorro el poder perdido en las elecciones del 25 de febrero, los contras hacían entrega de sus últimas armas<sup>33</sup>. Ello puede sugerir que mantuvieron la lucha hasta que su objetivo de la caída del sandinismo se hubo conseguido. En realidad no es así, ya que su actividad fue desdeñable desde el acuerdo provisional de cese el fuego que alcanzó con el gobierno sandinista el 24 de marzo de 1988 en Sapoá (nunca ratificado por un acuerdo definitivo en las ulteriores negociaciones), en el que a cambio de un compromiso de amnistía, de respeto a la libertad de expresión y de su participación en las futuras negociaciones entre el gobierno y la oposición, la contra renunció a la ayuda militar norteamericana<sup>34</sup>. Era en realidad una rendición honrosa, un reconocimiento de que la vía militar de lucha contra el sandinismo no tenía futuro y de que era preferible dejar el terreno al proceso de pacificación. Este se había iniciado con la aprobación por los cinco jefes de estado centroamericanos, reunidos en Guatemala el 7 de agosto de 1987, de un acuerdo basado en el plan del presidente de Costa Rica Oscar Arias, que preveía el fin de los conflictos mediante el cese de la intervención extranjera, el diálogo interno, el establecimiento de la plena libertad de expresión y del pluralismo político y la celebración de elecciones libres<sup>35</sup>.

La contra había nacido años atrás de la voluntad de lucha de algunos grupos de guardias nacionales y otros enemigos del sandinismo huidos de Nicaragua y del decidido propósito del gobierno Reagan de poner fin al avance de la revolución en América central. En agosto de 1981 se fundó, a partir de varios pequeños grupos ya existentes, la principal organización de la contra, la Fuerza Democrática Nicaragüense (FDN), que actuaría con base en Honduras, con apoyo de la CIA y, en sus primeros tiempos, de instructores enviados por la dictadura militar argentina. Su líder más destacado era el coronel de la Guardia Nacional Enrique Ber-

---

<sup>33</sup> *El País*, 28/6/1990.

<sup>34</sup> *Le Monde*, 27-28/3/1988.

<sup>35</sup> *Le Monde*, 9-10-8/1987.

múdez, que en los últimos tiempos de Somoza había sido agregado militar en Washington. En septiembre de 1982 se formó la Alianza Revolucionaria Democrática (ARDE), dirigida por Edén Pastora y a la que se unió el ex miembro de la Junta Alfonso Robelo, que actuaría desde Costa Rica. Pastora rechazó siempre un entendimiento con la FDN, lo que no debió ser ajeno al grave atentado que sufrió en mayo de 1984, que no parece haber sido responsabilidad de los sandinistas. Pocos meses después un sector de la organización, que incluía a Robelo, se aproximó a la FDN, lo que debilitó a ARDE que, con escaso apoyo norteamericano, nunca llegó a ser una amenaza seria para los sandinistas. En 1986 Pastora renunció a la lucha armada <sup>36</sup>.

El apoyo a la contra se convirtió en uno de los temas más debatidos en la política norteamericana. El monto total de la ayuda aprobada desde 1981 hasta 1989 fue de 316 millones de dolares <sup>37</sup>, pero la oposición del Congreso se hizo muy fuerte desde que se puso de manifiesto que el propósito inicial de impedir el apoyo sandinista a la guerrilla salvadoreña había dado paso al más ambicioso de derribar al gobierno de Nicaragua. El escándalo a que dio lugar la revelación de que, para suplir las deficiencias de entrenamiento de la contra, agentes de la CIA efectuaran directamente el minado de varios puertos nicaragüenses en el invierno de 1984, condujo a la aprobación de la enmienda Bolan que prohibía la ayuda ulterior. Altos funcionarios del gobierno Reagan recurrieron entonces a medios ilegales de financiación que darían lugar al notorio escándalo «Irancontra», que salió a la luz en 1986.

El golpe que para la contra supuso la enmienda Bolan, combinado con la celebración en Nicaragua de elecciones presidenciales y legislativas en noviembre de 1984, supuso una oportunidad para que se pusiera fin al conflicto. Por un tiempo hubo la posibilidad de que un amplio frente de la oposición, la Coordinadora Democrática, se presentara con Arturo Cruz como candidato, pero finalmente éste se retiró, por no haber logrado de los sandinistas las garantías que consideraba necesarias para unas elecciones libres y honestas. Finalmente los sandinistas obtuvieron el apoyo del 65 % de los votantes, que a su vez fueron el 75 % de los electores, lo que les proporcionó la presidencia para Daniel Ortega, la vicepresidencia para Sergio Ramírez y 61 de los 96 escaños de la Asam-

---

<sup>36</sup> Para un breve análisis de la actuación de la contra hasta 1986: KORNBLUH, P., «The covert war» en WALKER, T. W., *op. cit.*, págs. 21-38. Hay bastante información en el reportaje de YEVES, E., *La contra: una guerra sucia*. Barcelona, ediciones B, 1990, 264 págs. Ambas fuentes son hostiles a la contra.

<sup>37</sup> *Time*, 12-3-1990.

blea Nacional, repartiéndose el resto tres pequeños partidos de centro y otros tres marxistas<sup>38</sup>. Ello representó un fuerte contraste con los resultados habituales en los regimenes marxistas y más bien recuerda la tradición nicaragüense de contar con una oposición domesticada, pero no supuso un paso real hacia la democracia ni el fin de la guerra. Por el contrario, en mayo de 1985 se produjo un entendimiento entre un amplio sector de la oposición civil, encabezado por el propio Arturo Cruz, y la contra. El primero de mayo Reagan anunció un embargo comercial total contra Nicaragua y el 15 de septiembre el gobierno sandinista anunció la suspensión de las libertades fundamentales.

En 1986 el Congreso de los Estados Unidos no sólo reanudó la ayuda militar a la contra que había suprimido en 1984, sino que la concedió en mayor abundancia que nunca: 100 millones de dólares, de los que el 70 % sería ayuda militar. Paralelamente el gobierno Reagan se esforzó en lograr que la oposición armada nicaragüense adquiriera una adecuada fachada política, un objetivo que se veía dificultado por la escasa influencia efectiva que líderes moderados como Arturo Cruz y Alfonso Robelo lograban ejercer sobre la contra, pero que finalmente se logró en 1987 a través de un acuerdo que dio lugar a una nueva organización que se denominó Resistencia Nicaragüense (RN). Al directorio civil de ésta se incorporaron dirigentes de diversas tendencias políticas como Adolfo Calero, Alfonso Robelo y Alfredo Cesar, mientras que la dirección militar correspondería al coronel Bermúdez.

El año 1987 fue el de la gran ofensiva de la contra, cuyos miembros, dotados de lanzamisiles portátiles tierra-aire para hacer frente a los eficaces helicópteros artillerados que la URSS había proporcionado al ejército sandinista, fueron masivamente trasladados desde sus bases en Honduras hasta el interior de Nicaragua. El fracaso de esta ofensiva, que representó una aplicación del nuevo concepto norteamericano de conflicto de baja intensidad (*low intensity conflict* o LIC) ha sido objeto de un interesante estudio, encargado por la Rand Corporation al sociólogo Anthony P. Maingot<sup>39</sup>. Según éste, la guerra de la contra respondió al concepto de LIC en que fue restringida en su ámbito geográfico (al margen de alguna breve incursión sandinista contra las bases de la RN en Honduras, la lucha se limitó a las poco pobladas áreas del Norte y el Este de Nicaragua) y en el armamento empleado (los contras se limitaron a

---

<sup>38</sup> Hay una descripción, hostil a los sandinistas, del proceso electoral en: PAYNE, D. W., *op. cit.*, págs. 44-77.

<sup>39</sup> Un resumen del mismo se publicó en: *UNO*, enero de 1989, págs. 62-63.

utilizar armas de mano y minas). No respondió en cambio al modelo en que el nivel de violencia empleado no fue relativamente bajo, pues la estimación de Maingot, algo más elevada que la citada al comienzo de este artículo, es que causó entre 1981 y 1988 unas 30.000 muertes, lo que supone la tremenda proporción de una por cada 100 habitantes. La mayor parte de los combatientes de la contra eran voluntarios campesinos y de sus mandos el 27 % eran antiguos miembros de la Guardia Nacional, el 20 % eran antiguos oficiales y soldados del Ejército Popular Sandinista y el 53 % procedían de la sociedad civil.

En opinión de Maingot el fracaso de la ofensiva se debió a que los sandinistas demostraron una movilidad táctica muy superior a la prevista, a que sus soldados, a pesar de provenir del servicio militar obligatorio, demostraron una elevada moral de combate y a que los contras, dispersos por las extensas y despobladas regiones del norte y el este, tuvieron cada vez mayores dificultades logísticas, mientras que los sandinistas mantenían el control absoluto del área densamente poblada y urbanizada del Pacífico, en la que no se combatió. El cálculo de que el deterioro económico causado por la guerra, sumado a la impopularidad del servicio militar obligatorio y a las medidas represivas contra la población campesina que los sandinistas tomaron para aislar a la guerrilla, iban a provocar una insurrección masiva, resultó infundado. A largo plazo esos factores incidirían en la derrota electoral de los sandinistas, pero no tuvieron en cambio incidencia en las operaciones militares. Incluso el proceso de reasentar a la población de las áreas de combate en aldeas defendibles, en el que los sandinistas no repitieron los errores cometidos años atrás con los misquitos, fue un éxito.

Para Maingot el error más grave del gobierno norteamericano fue olvidar que, según su propia definición un conflicto de baja intensidad es un conflicto político-militar y plantearlo en términos exclusivamente militares, mientras que políticamente la contra nunca llegó a representar una opción creíble. Cuando los acontecimientos de 1987 desmintieron la posibilidad de una victoria militar sin intervención norteamericana, todo se vino abajo. El Congreso de los Estados Unidos rechazó la aprobación de nueva ayuda militar, aunque si aprobó ayuda no letal, y los contras, privados del apoyo norteamericano del que siempre habían dependido, optaron por el acuerdo de Sapoa.

El complejo proceso por el que el conflicto nicaragüense desembocó en una solución pacífica y democrática bien merecería un artículo distinto. Para concluir éste hay que mencionar un último punto: el de los derechos humanos en las guerras nicaragüenses. Las violaciones de los mismos realizadas primero por la Guardia Nacional y luego por la contra han sido

objeto de una amplia publicidad, pero parece en cambio que los sandinistas hayan sido ajenos a ese tipo de crímenes. En realidad es probable que el régimen sandinista haya actuado en el tema con una relativa moderación, al menos en comparación con otros regímenes centroamericanos, pero es seguro que ha sido responsable de violaciones de los derechos humanos de las que apenas se informó en su día. De ello es en parte responsable la prensa internacional. Un periodista español ha reconocido que «la generosidad de la revolución que no fusilaba», a la que él mismo y otros de sus colegas aludían en 1979, no era tal, que hubo entonces algún fusilamiento masivo, pero que por el recuerdo de las atrocidades cometidas por la Guardia nacional: «los pocos periodistas extranjeros que lo sabíamos no lo reflejamos en nuestras crónicas»<sup>40</sup>. La aparición, tras el triunfo de Violeta Chamorro, de algunas fosas clandestinas en las que fueron enterradas víctimas de la represión sandinista, reavivó la polémica que incluso ha alcanzado a organizaciones de derechos humanos. La principal de las organizaciones norteamericanas para la defensa de los derechos humanos en el continente americano, «Americas Watch», cuya honestidad está por encima de toda sospecha, ha sido criticada por otra organización menor, el «Puebla Institute», de ignorar en 1987 pruebas de atrocidades sandinistas aportadas por ella<sup>41</sup>.

---

<sup>40</sup> Alfonso Rojo, *El Mundo*, 5-3-90.

<sup>41</sup> Nina H. Shea, *Wall Street Journal*, 5-9-90.